

Memoria personal de Borges

Javier Wimer



Borges por Naranjo

Jorge Luis Borges afirmó alguna vez que la vida de un libro comenzaba cincuenta años después de su escritura. A veinte años de la muerte del gran vidente argentino, el escritor

y diplomático Javier Wimer explora la cartografía inabarcable de este autor de lectura siempre renovada.

Hace veinte años que murió Borges y acaso valga la pena agregar estas notas personales a la atropellada multitud de testimonios que suscita su fama. Tuve la fortuna de asomarme a su mundo y de registrar algunos detalles que pueden contribuir a enriquecer su retrato.

Conocí a Borges en mayo de 1968. Ya estaba ciego y ya tenía la costumbre de acercar la cara a poca distancia de su interlocutor. Parecía un gesto de curiosidad, una manera de descifrar o reconstruir el rostro ajeno con los vestigios de una facultad perdida, de capturarlo por cuenta de la mera cercanía física. Tal vez desarrolló este gesto durante el largo proceso en que perdió la vista aunque, como pude advertir con el tiempo, no se trataba de un movimiento reflejo sino de un acto de cortesía, de un modo ritual de mostrar la atención que le merecían sus interlocutores. Al principio, esta especie de escrutinio o asedio me resultaba incómodo pero poco a poco dejé de advertirlo.

En esos años dirigía la Biblioteca Nacional en el viejo edificio de la calle México y me recibió en su despacho

del primer piso, especie de balcón interior que dominaba un sector de los estantes y los corredores en penumbra. La oficina era estrecha, alta, agobiada por grandes muebles de distintas edades y condiciones. Algunos proclamaban la elegancia de una república opulenta y otros llevaban el sello de su promiscuo origen burocrático. El conjunto no resultaba acogedor, pero era grato, en cambio, el terno de cuero donde Borges acomodaba a sus visitantes.

Yo había llegado unos días antes a Buenos Aires para hacerme cargo de los servicios culturales de la embajada mexicana y eran predecibles los temas de la conversación. Giró, primero, sobre México y, luego, sobre la propia Biblioteca Nacional. Borges tenía una idea remota y curiosa de México. Lo asociaba principalmente con el prestigio de sus antiguas civilizaciones y con los cuadros de inspiración maya que pintaba su amigo Xul Solar, con la historia de Prescott, con la poesía de Othón, de López Velarde y de Maples Arce, con el recuerdo vivo de Alfonso Reyes y de Daniel Cosío Villegas, con

la evocación de Octavio Paz, a quien no había tratado en persona y cuya obra decía no conocer.

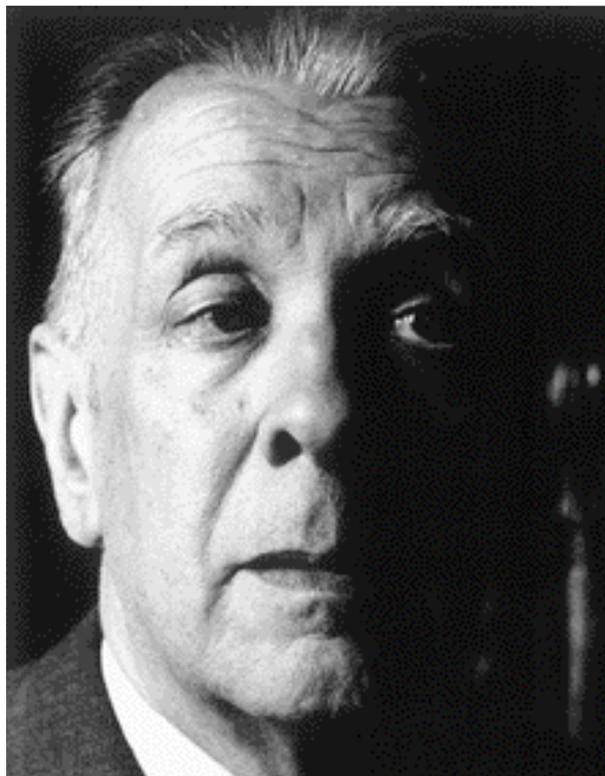
Ésta era, en rigor, una cautelosa verdad a medias que le ahorra la opinión sobre una poesía que no era de su gusto. Se daba por supuesto que había leído, al menos, *El laberinto de la soledad*, que tanta resonancia tuvo en el Buenos Aires de 1950 y, ciertamente, los poemas que consideraba crípticos y difíciles de memorizar.

El aprecio que se tenían ambos poetas no reposaba en sus afinidades sino resultaba, más bien, de una esforzada supervivencia de sus diferencias. Se trataba de hombres de personalidades, temperamentos y estilos dispares. En varios sentidos, el Borges de la edad madura era un clásico y un cartesiano. Casi toda su obra se desarrolla en el marco de valores y estilos tradicionales. Desdeña cualquier tipo de estridencia y su originalidad formal reside, sobre todo, en la implacable voluntad de estilo que culminó en una escritura de extremo rigor y concisión. Borges no se interesaba en la política ni en la política literaria. Se burlaba de sus propios compromisos y devaneos con los *ismos* que estuvieron de moda en sus mocedades y aun de las mocedades en sí mismas, que consideraba fuente inagotable de la insensatez humana. Por eso, cuando un periodista le preguntó si tenía algún consejo para la juventud, Borges sólo dijo: desistir.

Paz, en contraste, tiene el perfil de un poeta romántico. Sólo se arrepintió de haberse codeado con los comunistas en la edad heroica de la República Española pero nunca renegó de su ascendencia barroca, de su pasado surrealista y de su persistente entusiasmo por experimentar con nuevas formas literarias. Sus mejores poemas tienen un tono de exaltación que excluye intencionalmente la medida o el equilibrio y una buena parte de su obra en prosa, y no me refiero solamente a la política, tiene el tono enfático de quien aspira a que sus opiniones se conviertan en verdades de validez universal. Algo tuvo Paz de predicador y de espadachín, de jefe de secta y de patriarca cívico, en el sentido de Voltaire y de los enciclopedistas franceses.

Borges tenía curiosidad y esperanza de visitar las ruinas de Uxmal y de Chichén Itzá con el propósito principal, según decía irónicamente, de jactarse ante sus amigos. Su interés se concentraba en conocer esos monumentos como si se tratara de entablar una relación personal con ellos y sin cuidarse, especialmente, de la tradición que los animaba, anclado, como estuvo siempre, en la épica del norte europeo, en sus celtas, sajones y normandos.

Su curiosidad era inagotable y transitaba por un dilatado repertorio de temas, desde la antigüedad clásica y las sectas judías hasta las mitologías orientales y la literatura gauchesca, pero había algunos, naturalmente, que no ocupaban el centro de su atención. Éste era el caso, me parece, de las antiguas culturas americanas.



© Sam Hideo

La otra parte del diálogo la dedicó a la Biblioteca Nacional y a sus antiguos directores. Después supe que era uno de sus temas favoritos pues le permitía hablar de Paul Groussac, de Leopoldo Lugones y de la significación que atribuía a su propio nombramiento. Borges se consideraba indigno, decía, de suceder a tan ilustres predecesores y sus nombres subían una y otra vez a la superficie del diálogo, en historias donde brillaba su propio ingenio y erudición. El cargo lo honraba y lo hacía dichoso. Despreciaba el poder y la fama pero lo halagaban las distinciones institucionales.

En este caso, su nombramiento se había convertido en la reparación simbólica del agravio que, contra su dignidad de pequeño funcionario, había cometido el régimen peronista al nombrarlo inspector de mercados. Borges no había olvidado éste y otros incidentes persecutorios que incluían el breve pero ultrajante arresto de su madre y de su hermana pero no los recordaba con el rencor de su madre Leonor Acevedo, quien los consideraba de una absoluta actualidad con objeto, supongo, de mantener intacta su rabia contra la dictadura. Así, con artículo determinado y sin ningún adjetivo. Cuando se encontraba con el tema o lo traía a colación, se dejaba arrastrar por un torrente de elocuencia anti-peronista que acompañaba con los enérgicos giros de un paraguas convectivo, momentáneamente, en instrumento de guerra.

La conversación se prolongó y cuando salí a la calle ya era de noche. Ésta fue la primera de las muchas ocasiones en que me reuní con él durante los tres años de mi estancia en Buenos Aires. Lo visitaba en la Bibliote-

ca Nacional o venía a mi departamento. Algunas veces lo acompañé a caminar por la ciudad y, durante los buenos momentos de su matrimonio con Elsa Astete, en dos o tres ocasiones nos invitaron a mi mujer y a mí a cenar en su departamento.

En estos encuentros fui conociendo a un sector de sus familiares y amigos cercanos. A su madre Leonor Acevedo; a su cuñado Guillermo de Torre, casado con su hermana Norah y recordado editor de la colección *La pajarita de papel*; a María Kodama, su discípula predilecta y con quien estudiaba islandés antiguo; a Norman Thomas de Giovanni, un joven norteamericano especializado en su obra y dedicado en aquellos años a traducirla al inglés.

Con Borges se hablaba siempre o casi siempre de literatura y, en raras ocasiones, de política. Se sabe que el tema no le interesaba especialmente. Borges era una especie de *thory* escéptico y mal informado. Un individualista que no tomaba en serio la política y ni siquiera sus propias opiniones políticas. Pero era también antirracista y antifascista, enemigo del autoritarismo y de la violencia y, en modo alguno, un sectario o un militarista como algunos sostuvieron con ligereza. No soy partidario de un gobierno de militares como no soy partidario de un gobierno de ingenieros, de sastres o de peluqueros, le gustaba repetir.

Sólo resulta posible acotar su posición política a través de contradicciones, de negaciones endémicas y de sutilezas recurrentes. Se proclamaba contrario a los sistemas autocráticos aunque, llevado por su militante antiperonismo, el año de 1976 se haya manifestado en

favor de la Junta Militar que derrocó a Isabel Perón y aunque ese mismo año, supongo que por idénticos motivos, haya rematado el prólogo a *La moneda de hierro* con una frase que se volvió famosa:

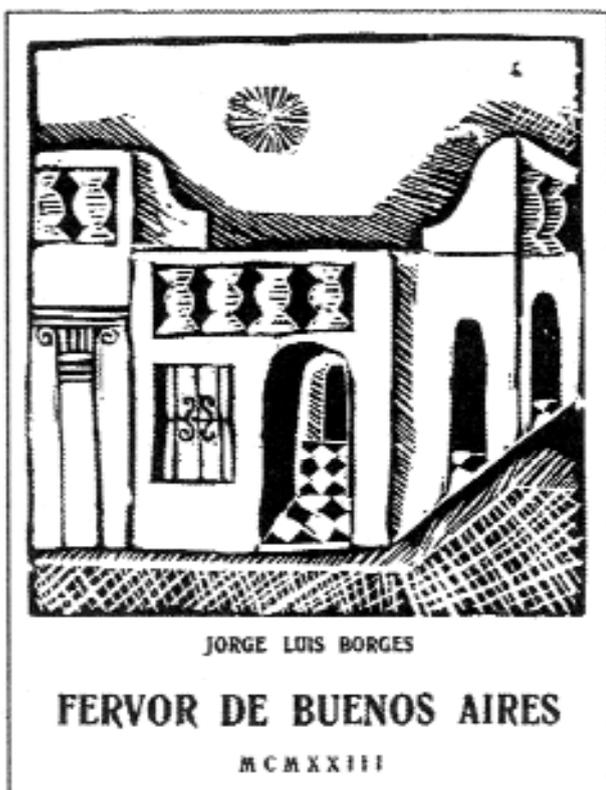
Me sé del todo indigno de opinar en materia política, pero tal vez me sea perdonado añadir que descreo de la democracia, ese curioso abuso de la estadística.

Su tardío deslinde de la democracia hace aún más difícil entender y definir la posición política de quien tampoco era partidario de la dictadura, de la monarquía o del anarquismo. Para hacerlo habría que improvisar una explicación casuística o aceptar, simplemente, la propuesta del propio Borges:

¿A qué agregar a los límites naturales que nos impone el hábito, los de una teoría cualquiera?

En todo caso, Borges nunca cayó en la tentación de diseñar o esbozar una utopía política, tal vez para no desacreditar su escepticismo, aunque tengo la sospecha que su *polis* ideal era una especie de aristocracia de la inteligencia, una sociedad gobernada por sabios y con un anchísimo espacio para el ejercicio de la libertad individual.

Lo que resulta curioso es que un hombre que se decía ajeno a la política hiciera tantas y, a veces, tan infortunadas declaraciones políticas. Me parece que esta actitud obedecía a un imperativo de carácter ético, a una genuina necesidad de expresarse como ciudadano. No



Primer libro de Borges, edición del autor



Primer libro premiado de Borges

Borges el memorioso tenía un tigre interior siempre hambriento y siempre dispuesto a devorar los materiales que llegaban del exterior.

para satisfacer una expectativa social o cualquier otro tipo de exigencia externa sino como un desafío, como un modo de afirmar su libertad y de vencer su timidez, sus temores y sus miedos. Singular paradoja de un hombre decepcionado de la democracia pero que, a fin de cuentas, no era súbdito de nadie sino el altivo ciudadano que sólo puede existir en la democracia.

Algunos de sus actos y declaraciones le causaron problemas. El episodio más conocido de todos es haber aceptado la Orden de Bernardo O'Higgins del gobierno pinochetista cuando ya se daba por seguro que obtendría el Premio Nobel de Literatura. Muchas voces airadas se levantaron para condenarlo y Artur Lundkvist, el poeta, el socialista que abanderaba la causa de Borges en la academia sueca, vetó para siempre su candidatura. Borges fue víctima de una maniobra urdida por las cancillerías argentina y chilena que perjudicó el prestigio del escritor sin mejorar la imagen de las dictaduras gemelas. De este modo, se encontró con su destino sudamericano y asumió el tropiezo con su habitual ironía. Le llevó tiempo saber quién era Pinochet y reconocer que se había equivocado. Otro tanto le ocurrió con Videla, pero cuando le llegaron pruebas inequívocas de sus crímenes no vaciló en denunciarlos.

De todas maneras era difícil hablar de política con Borges pues además de tener poco interés por el acontecer inmediato, salvo que se tratara de hechos extraordinarios o portentosos, asumía con facilidad el punto de vista de amigos distraídos y, sobre todo, de algunas amigas que tenían el poder filosófico de transformar cualquier hecho en chisme de buena sociedad. A veces Borges preguntaba por algún suceso reciente y con frecuencia rectificaba sus opiniones cuando creía que eran incorrectas.

A pesar de haber escrito en un texto sobre Lugones que *la entraña de la realidad no era verbal*, vivió y murió como si el mundo fuera esencialmente literario o, al menos, sólo inteligible en términos literarios. Una noche lo acompañé a una cita que tenía con Carlos Mastronardi en un bar de La Recoleta y antes aún de sentarse a la mesa ya estaban hablando de escritores y de libros. Otra noche, durante la celebración de sus setenta años en su apartamento de Belgrano, contesté el teléfono y una voz lacónica me dijo, soy Bioy y quiero hablar con Borges. Ninguno de los dos desperdició el tiempo en preguntas y respuestas convencionales sino que, de inmediato, en-

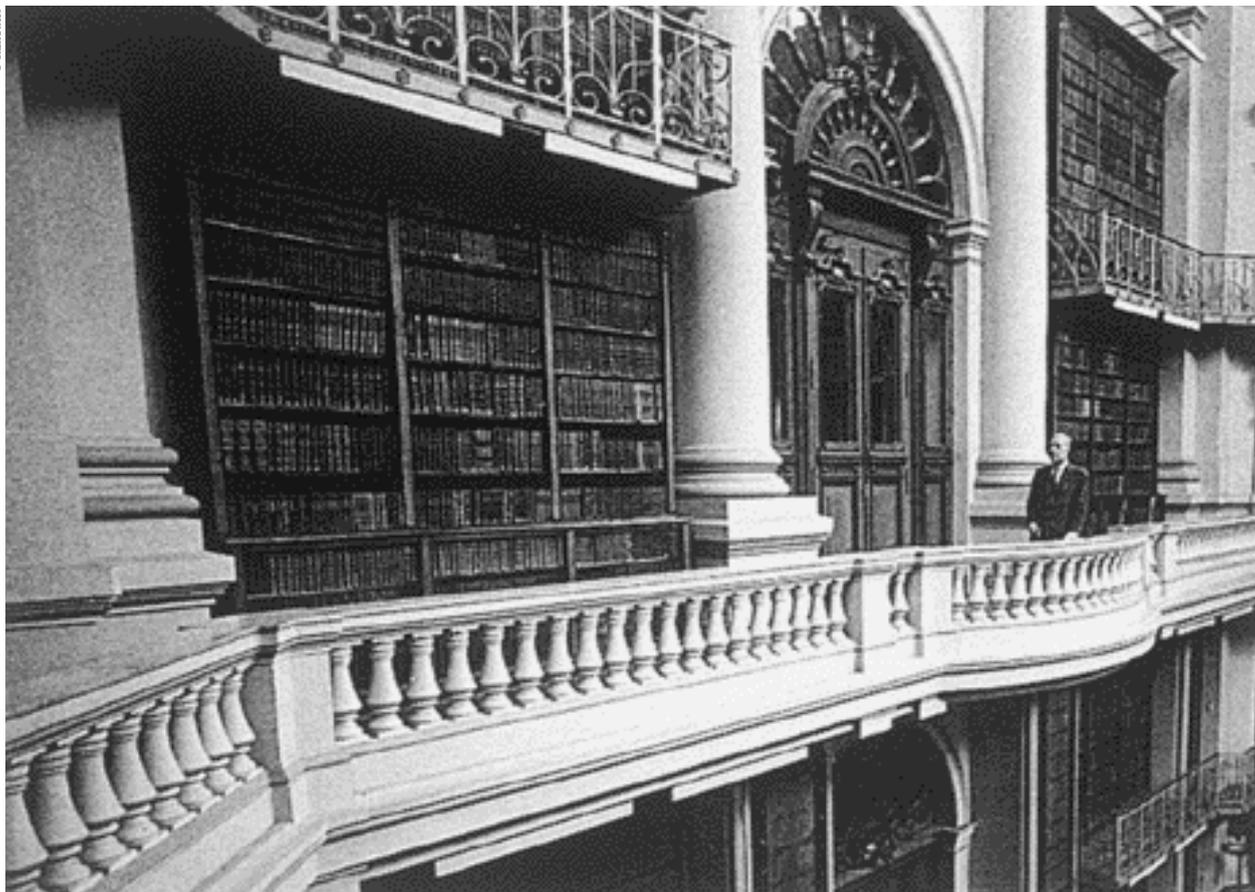
tablaron una prolongada conversación sobre la influencia de Dante en la poesía inglesa, conversación que resultaba estridente sobre el fondo de una sencilla fiesta de familia.

Sólo los grandes creadores pueden mostrarnos los entretelones secretos del Universo. A Borges se le reconoce por su erudición, por el brillo singular de su inteligencia y de su fantasía, por la originalidad, belleza y perfección de sus textos pero, sobre todo, por su capacidad para comprometernos en una nueva lectura, en una nueva interpretación de la realidad. Por eso el uso extendido del término "borgiano" generalmente describe, no su estilo, sino los mundos paralelos en que se desarrollan sus historias o los territorios ambiguos donde la vida de todos los días se transfigura al contacto con el azar o la predestinación.

Tenía una notoria debilidad por la poesía. En una comida en la casa cuando Borges estuvo particularmente alegre, elocuente e ingenioso, alguien le preguntó por sus preferencias en materia de poesía mexicana y él, en un arranque de memoriosa cortesía, nos recitó palabra por palabra *El idilio salvaje* de Manuel José Othón y *La suave patria* de Ramón López Velarde. Después pasó a otros temas y se detuvo, con ese humor sentencioso e inapelable que lo caracterizaba, en algunos aspectos caricaturescos de la vida literaria de Buenos Aires.

Para conmemorar el cincuentenario de la muerte de Amado Nervo, que se cumplía el 24 de mayo de 1969, las autoridades argentinas y la Embajada de México organizaron un homenaje en el Teatro Nacional Cervantes que tuvo como orador principal a Borges. De acuerdo con el orden del programa también participamos el Subsecretario de Cultura, Julio César Gancedo, yo, y el Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, Cayetano Córdova Iturburu. Cerró el acto Berta Singerman, cargada de años pero con pleno dominio de su memoria y de su voz.

Los organizadores del acto nos habríamos conformado con la asistencia de unas decenas de personas y nos encontramos, a las seis y media de la tarde, con un teatro absolutamente abarrotado y con un público mayoritariamente adolescente que esperaba inquieto y entusiasta el inicio de la función. No había un espacio libre en toda la sala y los corredores estaban colmados de muchachos con *blue jeans* y de muchachas con falda corta y tobilleras.



Borges en la Biblioteca Nacional de la calle México

Los oradores plantearon, como podía esperarse, la necesidad de reevaluar críticamente la obra de Neruo y Borges hizo un reconocimiento de la deuda que él, sus compañeros de generación y la poesía de lengua española, en general, tenían con el Modernismo. Después de las felicitaciones y los autógrafos, acompañé a Borges y a su esposa Elsa al automóvil. Mientras lo ayudaba a subir, ella le dijo: “¿Te acuerdas, Georgie, cuando me recitabas versos de Amado Neruo?”.

En 1970, Borges se divorció y poco después yo regresé a México. Durante aquel tiempo hice varios viajes a Buenos Aires y en todos fui a visitarlo. Había retomado su rutina de soltero aunque cada día pasaba más tiempo con María Kodama, la compañera que lo guiaba por el inacabable laberinto de la ceguera. Su relación se volvía más estrecha y ya prefiguraba un matrimonio que dificultaron heroicamente las leyes contra el divorcio promulgadas por la dictadura militar.

El genio de Borges fue advertido tempranamente y ya en 1930 Reyes, en una carta a Ortega y Gasset, lo señalaba como el más interesante de los jóvenes escritores argentinos. Sin embargo, su prestigio se limitaba a ciertos círculos literarios y estaba lejos de la dimensión genuinamente universal que llegó a tener años más tarde.

Es difícil trazar fronteras en este proceso pero se puede afirmar, por la frecuencia de los viajes, de los premios y de las condecoraciones internacionales, que la gran fama pública de Borges tuvo lugar entre el fin de

los años sesenta y el principio de los setenta. Es entonces cuando se inició la era de las condecoraciones oficiales, cuando los periodistas comenzaron a perseguirlo y a preguntarle sobre todos los temas imaginables, cuando su nombre saltó de las páginas literarias a las primeras planas.

La celebridad convirtió a Borges en noticia y, por tanto, en un personaje polémico pues el despliegue de sus opiniones generaba, necesariamente, otras numerosas y distintas. De todos modos, Borges mantuvo hasta el final de su vida un sincero, irónico y elegante menoscabo por la fama. No cambió de costumbres, de amistades o de círculo social. No cambió su frugalidad, su modo de vestir, su gusto por la conversación y nunca sometió a sus interlocutores a esas crónicas especializadas y minuciosas con que algunos artistas describen sus encuentros con papas, reyes y presidentes.

En diciembre de 1973, Borges hizo el primero de sus tres viajes a México. Llegó para recibir el Premio Internacional Alfonso Reyes que le atribuyó un jurado con plena conciencia de la relación amistosa entre los dos escritores. Se conocieron en España y se habían tratado cercanamente cuando Reyes fue Embajador de México en Argentina, de 1927 a 1930 y de 1936 a 1938. Tenían amigos comunes, como Pedro Henríquez Ureña, que poco tiempo antes se había establecido en Buenos Aires, y múltiples coincidencias intelectuales y afectivas.

Reyes, con diez años más que Borges y con una vasta autoridad en el mundo de habla española, desempeñó un discreto papel de hermano mayor en este vínculo de amistad y el ingrato de la parte no beligerante en las guerras literarias en que estaban comprometidos los jóvenes escritores que lo visitaban. Es decir, Borges, Bernárdez, Marechal, Mallea...

Borges no desperdiciaba ocasión para manifestar la admiración y afecto que sentía por Reyes y se refería con frecuencia al inicio de su amistad. Alfonso Reyes, decía, me invitaba a comer a la Embajada de México cuando yo no era sino un escritor desconocido y apenas, para los demás, el hijo de Leonor Acevedo. Más precisamente, lo invitaba con su madre algunos domingos y con sus amigos en otros días de la semana.

A pesar de la admiración que Borges tenía por Reyes siempre le reprochó su debilidad o vencimiento frente a Ortega. No soportaba la arrogancia que algunos escritores españoles mostraban en su trato con los latinoamericanos, como puede advertirse en esa feroz diatriba que llamó *Las alarmas del doctor Américo Castro*. Aunque condenaba los juicios genéricos no dejaba de hacerlos, en confianza y con gracia, cuando se trataba de la vida literaria de España o Francia. Su polémica con Castro y alguna de estas bromas le valieron que un grupo de profesores españoles, con escaso sentido del humor, lo declarara enemigo de nuestra lengua.

El nombre del premio y del primer premiado estaban enlazados de tal manera que la distinción parecía haber sido creada especialmente para Borges. Creo que fue feliz en esos días y así lo mostraban no sólo sus palabras, comprometidas hijas de la cortesía, sino su buen humor y el desempeño entusiasta de un programa de trabajo cargado de entrevistas y de actos sociales. Entonces entró en contacto con los principales escritores mexicanos, excepción hecha de Octavio Paz que andaba de viaje.

Todos ellos tenían o tuvieron, naturalmente, su propia versión de Borges. El intrépido Arreola abordó el tema de la vida sexual del visitante en una conversación digna de memoria aunque las palabras del entrevistado hayan sido menos que las palabras del entrevistador. *Tuve una interesante charla con Arreola en la que puede intercalar dos o tres silencios*, diría Borges, al hacer el elogio de la turbulenta elocuencia del escritor jalisciense.

Borges, esta vez acompañado de María Kodama, vino a México en agosto de 1976 y aquí cumplió sus setenta y siete años que celebramos en la casa. Ambos volvieron de nueva cuenta a México en noviembre de 1978 invitados por el Canal 13 de la televisión que deseaba producir una serie de programas sobre Borges. Las jornadas de trabajo y de relaciones públicas reclamaban todo su tiempo pero Borges encontró la manera de conseguir un día libre para conocer Tepoztlán.

La excursión se inició con buenos y simpáticos auspicios. Antes de la salida nos reunimos en la casa para tomar el café. Pronto se agregó a nuestros ilustres huéspedes mi hija Renata que estaba recién nacida. Borges la sostuvo en brazos con temeroso cuidado y entonces le fueron hechas a la niña sus primeras fotografías. Después tomamos el camino del sur.

Al llegar a nuestro destino, visitamos el mercado y subimos a la Posada del Tepozteco. Ahí nos instalamos en una de las terrazas que se abren sobre el valle y sobre las abruptas montañas que lo circundan. La conversación seguía adelante y al decirle a Borges que la pirámide construida en uno de los cerros más altos, los cerros mismos, el valle, el pueblo y todo el territorio en que nos encontrábamos, eran sagrados, caímos de lleno en el tema de la magia. La palabra magia, dijo Borges, nos estaba esperando y ahora nos está usando.

Sentí, entonces, mejor que nunca, la existencia casi física que Borges atribuía al lenguaje, al verbo, a la palabra. Sentí cómo el inmenso universo que había inventado reposaba, esencialmente, sobre su fe inmovible en la realidad de la palabra.

Cuando la tarde se apagaba volvimos a la ciudad. En el trayecto pasamos del tema de la magia al tema de la ceguera, que siempre abordó Borges sin reservas ni susceptibilidades. Naturalmente habló de Homero y de Milton, a quien no le perdonaba el pecado metafísico de no ser Dante, de José Mármol y de Paul Groussac, que



Borges niño en un dibujo de Sábat, su mejor caricaturista

también ciegos dirigieron la Biblioteca Nacional de Argentina y del proceso, necesariamente dramático en que el mismo Borges fue perdiendo la vista.

A mí me interesaba su experiencia y su opinión sobre las relaciones entre la ceguera y la creación literaria, sobre la manera en que el escritor ciego se enfrenta a la escritura. Traje a colación el caso de Sartre quien había afirmado que al perder la vista había dejado de escribir y de ser escritor. No imaginaba, no intentaba, no quería y no podía dictarle a una grabadora, a una secretaria o a la mismísima Simone de Beauvoir. Para Sartre, el acto de escribir implicaba el acto de ver el blanco y negro del papel, de ver las tachaduras y las adiciones.

Lo que pasa es que Sartre es un frívolo, dijo secamente Borges. Esta conversación me confirmó el decisivo papel que desempeñó la memoria en su escritura, en su proceso creativo y en el acto de fijarlo en palabras. Con frecuencia he imaginado a Borges, en la noche del insomnio, solo, intentando simultáneamente dar forma a su pensamiento, eligiendo la métrica o el ritmo del texto y guardando las palabras en la ordenada alcancía de su memoria.

En la última semana de agosto de 1981 Borges hizo un nuevo viaje a México con María, ahora para recibir el Premio Ollin Yoliztli, que con todo y su nombre náhuatl era entonces el más generoso de la lengua española. El premio le fue entregado por el Presidente de la República, José López Portillo, el martes 25 en la residencia de Los Pinos durante una ceremonia a la que concurrí, además de los notables del gobierno y de la literatura mexicana, los escritores extranjeros que participaban en el Festival Internacional de Poesía en Morelia.

Borges era un hombre que gozaba y celebraba todos los días la existencia del mundo y sus milagros: el sol entre los árboles, que le permitía mostrar su orgullosa aptitud para distinguir entre la luz y la sombra, el viento que anunciaba los cambios del tiempo, el peso y la textura de las piedras, el diálogo imprevisto con desconocidos y aun las cosas que no podía ver ni sentir pero cuya existencia tenía presente.

Sin embargo, a nadie se le ocurriría describirlo como un hedonista, debido al bajo rango que los placeres de los sentidos tenían en sus preferencias y a la pronta intelectualización de sus sensaciones. Borges el memorioso tenía un tigre interior siempre hambriento y siem-

pre dispuesto a devorar los materiales que llegaban del exterior, un tigre capaz de transformar prontamente, como diría Condillac, las ideas sensibles en ideas intelectuales. En un proceso que también constituye una fuente de placer pues el teatro de la memoria puede ser un jardín de las delicias.

Tenía Borges una limitada afición por la música. No era un melómano pero le gustaban algunos clásicos, como Vivaldi o Brahms, el jazz, la milonga y el tango porteño que, con frecuencia, tarareaba o cantaba para ilustrar algún punto de la conversación. Tampoco era un gastrónomo. Se alimentaba de modo simple y frugal, apenas se interesaba por las comidas complicadas y por los restaurantes famosos, ostentosa debilidad de muchos artistas, y, desde luego, no bebía ni fumaba. Mostraba asombro, incluso, de que hubiera gente que encontrara placer en embriagarse, en drogarse, en perder la conciencia de sí misma. Aunque generalmente eludía los juicios morales creo que asomaba en éstos alguna veta de puritanismo que le venía de la infancia, de esa educación más o menos victoriana que recibían los hijos de las buenas familias en la Argentina de principios de siglo.

Borges encarnaba el arquetipo del perfecto caballero. Creía sinceramente en la verdad, en el honor, en el coraje, valores de exaltación necesaria pero de práctica incierta. Ejercitaba la cortesía no como convención social sino como deber ético y evitaba hasta el extremo usar los privilegios sociales de su ceguera. En las reuniones siempre se levantaba para saludar y cuando estaba en su departamento acostumbraba acompañar a los invitados hasta la puerta del edificio.

En su viaje anterior a México, Borges se quedó con las ganas de conocer Yucatán. En 1981, algunos amigos nos comprometimos a satisfacer su curiosidad. Habíamos preparado todo para visitar las ruinas mayas que había descubierto, como muchos niños, en ilustraciones y tarjetas postales, en manuales de historia y en relatos de aventuras.

Los miembros de la pequeña expedición integrada por Borges, María Kodama, Adolfo García Videla, Estela Troya, mi mujer y yo, llegamos a Mérida en un medio día diáfano y singularmente caluroso que era de comentario obligado en el grupo hasta que Borges cerró el tema, al afirmar, con sensatez lapidaria, que cualquier calor presente es mayor que otro pasado. Aproveché la comida

**Borges encarnaba el arquetipo del perfecto caballero.
Creía sinceramente en la verdad, en el honor,
en el coraje, valores de exaltación necesaria pero
de práctica incierta.**



Jorge Luis Borges en su biblioteca

© Sam Hideo

para convencerlo de que no podía andar con riguroso uniforme de ciudad en los desiertos y selvas yucatecas y accedió, de buena gana, a despojarse de su vestimenta y ponerse una guayabera y un sombrero de paja.

En Uxmal nos alcanzó el crepúsculo. Borges preguntaba todo el tiempo por la apariencia, la antigüedad y el significado de las ruinas mientras tocaba y escrutaba las piedras a su alcance. Al día siguiente recorrimos de punta a punta Chichén Itzá: la gran pirámide, los templos y palacios, el juego de pelota y los enormes espacios que dan coherencia y perspectiva al conjunto monumental. Borges no desfallecía, caminaba y preguntaba bajo los rayos de un sol inclemente. Cuando nos deteníamos en alguna sombra momentánea, palpaba la base de los monumentos. Preguntaba y caminaba sin descanso.

El origen libresco de algunos viajes de Borges aumentaba su exigencia de concreción material. Pues Borges, sob reponiéndose a su ceguera y a su percepción literaria del mundo, requería de certidumbres físicas y no se contentaba con sucedáneos, con travesías imaginarias o con realizaciones simbólicas, en el estilo de Des Esseintes, el célebre personaje de Huysmans, sino que se empeñaba en comparar, en confrontar la idea que tenía de un lugar con el lugar mismo, el nombre de la ciudad con la ciudad nombrada.

A Borges le fascinaban los viajes. No siempre estuvo en posibilidad de hacerlos por razones de salud, de familia o de dinero pero cuando las circunstancias cambiaron, cuando comenzó a recibir toda suerte de invitaciones y homenajes, se lanzó al mundo con la ilusión, el ímpetu y el vigor de un hombre joven.

Soportó, sin daño y sin queja, los largos itinerarios que le imponían sus compromisos profesionales y aun encontró el tiempo necesario para visitar los sitios que sólo conocía como palabras. No, en principio, las grandes capitales, sino los santos lugares de su agenda íntima: Edimburgo, Santiago de Compostela, Jerusalén o Machu Pichu.

Aún después de 1981 mantuvo un ritmo intenso de trabajo. Escribe, publica relatos, poemas, prólogos, antologías y traducciones, dicta conferencias, recibe premios y doctorados, dice discursos, responde a las interminables preguntas de las entrevistas. Sigue viviendo en Buenos Aires y viaja con frecuencia.

A fines de 1985 cambia Buenos Aires por Ginebra debido, se decía, a que el gobierno del radical Raúl Alfonsín no satisfacía sus expectativas de antiguo militante de ese partido. Mayor peso tuvo en esta decisión, me parece, el avance del cáncer que ponía un límite cercano e irrevocable a sus días terrenales y que Borges no deseaba desperdiciar en los chismes y conflictos a que lo condenaba su celebridad, su condición de bien nacional, de patrimonio colectivo de los argentinos.

Borges quería reconquistar su vida privada y con tal propósito eligió como lugar de residencia a la aséptica Ginebra y más exactamente a la *Vieille Ville*, la ciudad de austera piedra, sin adornos, la ciudad de Calvino pero también la ciudad donde podría recuperar la memoria dichosa de sus mocedades y donde podría celebrar, en la intimidad, su matrimonio con María Kodama.

El año de 1986 fue el año de la muerte de Borges. Se adentró en los laberintos del tiempo con el valor y la serenidad que le eran propios. **U**